

Mas al punto, viendo el efecto que producía, Sand se detuvo y rompió pidiendo perdon por haberse apoderado así de la conversacion.

Después de comer en mesa redonda, Sand subió á su habitacion; se cree que oró á Dios. A las tres salió y tomó otra vez el camino de la casa de Kotzebúe.

El consejero daba en el mismo dia una gran comida; mas habiendo sabido que un jóven habia ido y habia pedido con instancia hablarle, dió la orden, si se volvía á presentar aquel jóven, de que le hicieran entrar. Un momento después entró Kotzebúe, Sand le dejó adelantarse como á los tres tercios de la habitacion, y como la puerta se habia cerrado tras él, renovó la escena que hemos referido, y sacando un puñal de su bolsillo, amenazó á Kotzebúe en el rostro. Kotzebúe se llevó á él las manos. Inmediatamente le hundió la hoja en el pecho en toda su estension. El corazon estaba atravesado de parte á parte; Kotzebúe arrojó un débil grito y cayó.

Pero por débil que fuese aquel grito, su hija lo habia oido. Era una niña de seis años, una de esas encantadoras sirenas alemanas, con largos cabellos rubios, con trage blanco, y una cinta azul por cinturon, como las con que Rafael anudaba el talle de sus ángeles. La pobre niña vió á su padre tendido en el suelo; se arrojó sobre él, prurumpiendo en sollozos, y llamándole: «¡Padre mio, padre mio!» Sand no pudo sufrir el espectáculo desgarrador de aquel dolor infantil, y presentándosele entonces su accion en toda su horrible desnudez, se hundió en el pecho hasta el mango, el puñal aun todo bañado con la sangre de Kotzebúe.

Pero, con gran admiracion suya, Sand quedó en pie; únicamente una nube sangrienta pasó por sus ojos, y entonces comprendió que iba á caer vivo en manos de los criados. El sentimiento instintivo de su conservacion pudo mas que la intencion decidida de matarse. Se volvió vacilante, abrió la puerta, se precipitó hácia la escalera, encontró una familia que iba á comer con Kotzebúe, y que viendo á un hombre todo ensangrentado y con un cuchillo en el pecho, se puso á dar grandes gritos, y se separó en lugar de detenerle. Sand llegó pues á la calle; mas al poner el pie en el dintel de la puerta, vió á diez pasos soldados que iban á relevar la guardia del castillo. Sand creyó que acudian á los gritos y que le perseguían, acaso tambien sus piernas flaquearon; se arrojó de rodillas á cinco ó seis pasos de la casa, unió las manos, hizo en alta voz una corta plegaria, y sacando en seguida el puñal de su herida, se tiró otra puñalada junto á la primera, y cayó desmayado gritando:

—¡Oh, Dios mio, recibe mi alma!

En cuanto á Kotzebúe, habia muerto.

LA CASA DE CORRECCION.

La patrulla era mandada por el mayor Baudois Holzungen. Vió á Sand á quien creia muerto, pero viendo que no estaba mas que desmayado, le hizo trasladar al hospital. Aquí tuvieron á Sand bajo la guardia mas severa, aunque esto fuera inútil, siendo de tal modo graves sus heridas que apenas podia hablar; no podia respirar sino cuando estaba echado de espaldas. Una de ellas se curó, pero la otra como la hoja del puñal habia penetrado entre la pleura costal y la pleura pulmonar, se habia formado un derrame entre las dos membranas; de modo que en vez de dejarla cerrar, la mantuvieron cuidadosamente abierta, á fin de estrarle todas las mañanas por medio de un émbolo la sangre extravasada durante la noche, como se practica en la operacion del empiema. Sand estuvo tres meses entre la vida y la muerte; sin embargo, al cabo de tres meses, se mejoró su posicion lo bastante para que le trasportasen á la casa de correccion. Aquí encontró al señor G..., que le esperaba y que habia ya hecho preparar para él su mejor habitacion: es que ya en aquel momento Sand no era un asesino vulgar. Por lo demas, se puede adquirir una idea de cómo era tratando el prisionero, y de los dolores que padecería, por la siguiente carta fechada en su *isla de Pathmos*, y que escribia á su padre en el mes de enero de 1820, para darle gracias por la bendicion que el anciano le habia enviado; en el sesenta y siete aniversario de su nacimiento.

«Enero de 1820.

«Mis queridos padres, hermanos y hermanas.

«A mediados del mes de setiembre del año último, he recibido por la comision especial judicial del gran duque, cuya humanidad habeis podido apreciar ya vosotros, vuestras queridas cartas de fin de agosto y principios de setiembre, y ellas han tenido la mágica influencia de colmarme de alegría, trasportándome al círculo íntimo de vuestros corazones.

«Vos, mi tierno padre, me escribisteis el dia del sesenta y siete aniversario de vuestro nacimiento, y me bendecis con toda la expansion de vuestro mas tierno amor.

«Vos, mi querida madre, llegais hasta la promesa de la continuacion de vuestro afecto materno, en el que he creído invariablemente siempre, y así es como he recibido vuestras dos bendiciones que, en mi posicion actual, ejercen sobre mí una influencia mas bienhechora que ninguno de los bienes que todos

los reyes de la tierra hubieran podido concederme: si, vosotros me alimentais abundantemente con vuestro bendito amor, y yo os doy gracias, mis queridos padres, con la respetuosa sumision que mi corazon me inspirará siempre como el primer deber de un hijo.

«Mas cuanto mayor es vuestro amor, cuanto mas tiernas son vuestras cartas, mas tengo yo que sufrir, debo confesarlo, por el sacrificio voluntario que nos hemos impuesto de no vernos, y he tardado tanto en responderos, mis queridos padres, para darne á mí mismo tiempo para recobrar la energia que habia perdido.

«Vosotros tambien, querido cuñado y querida hermana, me asegurais vuestro sincero y no interrumpido cariño. Y sin embargo, después del terror que nos hemos impuesto de no veros, no sabeis aun al parecer, qué debeis pensar de mí; pero mi corazon lleno de reconocimiento por vuestras bondades pasadas, se tranquiliza, porque vuestros hechos hablan y me dicen que aun cuando no quisiérais amarme como yo os amo, no podríais hacerlo: estos hechos valen mas para mí, en este momento, que todas las protestas posibles, que las mas tiernas palabras.

«Y tú tambien, mi cuñado, tú hubieras querido acudir inmediatamente, con nuestra querida madre, á las orillas del Rhin, aquí donde se han establecido entre nosotros las verdaderas relaciones del alma, y donde habemos sido dos veces hermanos. Pero dime, ¿no estás aquí en realidad, para el pensamiento y el espíritu cuando considero el rico manantial de consuelos que me ha proporcionado tu cordial y tierna carta?

«Y tú, buena cuñada, así como desde el primer momento mostraste tu tierna delicadeza, como una verdadera hermana, tal te encuentro hoy: siempre las mismas afectuosas relaciones, siempre el mismo cariño fraternal; tus consuelos, que emanan de una piedad crédula y sumisa, han caido como fresco rocío en lo mas profundo de mi corazon. Pero, mi buena cuñada, preciso es te diga, á tí como á los demas, que eres demasiado generosa conmigo dispensándome tu estimacion y tus alabanzas, y tu enagenacion me ha hecho juzgarme interiormente, y este juicio me ha hecho ver en el espejo de mi conciencia reflejado el perfil de todas mis debilidades.

«Tú, buena Julia, tú no desearias mas que arrebatarme á la suerte que me espera, y me asegurais, en nombre de todos, que tú, como ellos, serias feliz arrostrándola en mi lugar. Te reconozco en eso completamente, y reconozco tambien las dulces y tiernas relaciones en que hemos sido educados desde la infancia. ¡Oh! tranquilízate, buena Julia, gracias á la proteccion de Dios, yo te aseguro que me será fácil, mucho mas fácil que creia, soportar lo que me espera.

«Recibid, pues, todos mis espresivas y sin-

ceras gracias por haber regocijado mi corazon.

«Ahora que he reconocido por esas cartas que me fortalecen, que semejante al hijo pródigo, el amor y la bondad de mi familia son mas grandes hácia mí á mi regreso que á la partida, quiero, con tanto cuidado como me sea posible, pintaros mi estado físico y moral, y suplico á Dios apoye mis palabras con su poder, á fin de que mi carta contenga el equivalente de lo que vosotros me habeis traído, y que os ayude á conseguir ese estado de calma y de serenidad que he alcanzado yo mismo.

«Endurecido, á fuerza de voluntad sobre mi corazon, contra los bienes y los males de la tierra, sabeis ya que en estos últimos años no he vivido mas que para las alegrías morales, y debo decir, que tocado de mis esfuerzos, sin duda, el Señor, santo manantial de todos los bienes, me ha hecho apto para buscarlas y gozar de ellas con toda plenitud. Dios está siempre junto á mí y conmigo, y encuentro en él, principio soberano de todas las cosas, en el nuestro sagrado padre, no solo el consuelo y la fuerza, sino un amigo inmutable, lleno del mas santo amor, que me acompañará á todas partes donde tenga necesidad de sus consuelos. Ciertamente, si se hubiese alejado de mí, ó si yo hubiese desviado mis ojos de él, me encontraría ahora muy desgraciado y miserable; mas por su gracia, por el contrario, á mí, humilde y débil criatura, me hace fuerte y aun poderoso para sufrir todo lo que puede caer sobre mí.

«Aquello que reverencié hasta aquí como sagrado, lo que he deseado como bueno, aquello á que aspiré como celestial, no ha cambiado en nada en este momento, y doy gracias á Dios por ello, porque me encontraría ahora muy desesperado si hubiese de reconocer que mi corazon ha adorado imágenes engañosas, y se ha envuelto en fugaces quimeras. Así, mi confianza en esas ideas, mi puro amor hácia ellas, que son los ángeles guardianes de mi imaginacion, se acrecientan de momento en momento, y se acrecentarán hasta mi fin, y pasaré de ese modo muy fácilmente, así lo espero, de este mundo á la eternidad. Paso mi vida en la exaltacion y la humildad cristiana, y á veces tengo esas altas visiones, por las que, desde mi nacimiento, he adorado al cielo sobre la tierra, y que me dan el poder de elevarme hasta el Señor en las ardientes alas de la fé. La enfermedad, aunque larga, dolorosa y cruel, ha sido muy dominada por mi voluntad para dejar el tiempo de ocuparme con fruto de la historia de las ciencias positivas y de los bellos ramos de la educacion religiosa; y cuando la mayor violencia del mal interrumpia algunas veces estas ocupaciones, yo luchaba victoriosamente contra el fastidio, porque los recuerdos del pasado, mi resignacion para el presente, y mi fé en el porvenir eran bastante ricos y fuertes, en mí y á mi alrededor, para hacerme caer de mi paraíso terrenal.

Yo, según mis principios, en la posición en que me encuentro y en que yo mismo me he colocado, jamás hubiera querido pedir nada para mi bienestar, y sin embargo, me he visto por todos estilos, colmado de tantas bondades, de tantos cuidados, y con una delicadeza y una humanidad, que no puedo, ¡ay! reconocer lo bastante; los votos que no me hubiera yo atrevido á formar en el rincón más secreto de mi corazón, los he visto llegar aun más allá. Jamás me he visto bastante postrado por los dolores del cuerpo para no poder decir interiormente, elevando mi pensamiento al cielo: «¡Sea lo que quiera de esta miseria!» y por grandes que hayan sido los dolores, no sabré ponerlos en parangón con esos sufrimientos del alma tan punzantes que experimentamos con el sentimiento de nuestras debilidades y faltas.

«Por lo demás, es raro ahora que este dolor me haga perder el conocimiento; la tumefacción y la inflamación no han adelantado bastante, y la fiebre ha sido siempre moderada á pesar de haberme visto obligado á estar echado de espaldas cerca de dos meses, sin poder ni aun incorporarme, y aunque han salido de mi pecho, del lado del corazón, más de cuarenta azumbres de sangre. No, la herida aunque siempre abierta está en buen estado; y esto lo debo, no solo á los cuidados de que estoy rodeado, sino también á la sangre pura que he recibido de vos, ¡oh madre mía! Así, ni los socorros de la tierra, ni los estímulos del cielo me han faltado; he tenido mil motivos, el día aniversario de mi nacimiento, no para maldecir la hora en que nací, sino por el contrario, después de la seria contemplación de este mundo, de dar gracias á Dios, y á vosotros, mis queridos padres, por la vida que me habeis dado.

«He celebrado el 13 de octubre con una penosa y ferviente sumisión á la voluntad del Señor. El día de Navidad he procurado ponerme en la disposición de los niños consagrados á Dios, y con la ayuda del cielo, pasará el año nuevo, como el precedente, en los dolores del cuerpo acaso, pero ciertamente en la alegría del alma; y con este voto, el único que formo, me dirijo á vosotros, mis queridos padres, y á vosotros y vosotras, mis queridos hermanos y hermanas.

«No puedo esperar conocer mi año veinte y cinco; pueda, pues, ser oída la plegaria que acabo de hacer, pueda este cuadro de mi vida actual llevaros alguna tranquilidad, y pueda esta carta, que os escribo con mi corazón, no solo probaros que no soy indigno de vuestro inapreciable amor, sino por el contrario, asegurarme ese amor por toda la eternidad.

«Me regocijo muy sinceramente de la venida al mundo del primito. Doy alegremente mis felicitaciones á los abuelos; me transporto, para su bautismo, á esa sociedad querida, adonde envío mi afecto como hermano cristia-

no, y sobre la que deseo eche todas sus bendiciones el cielo.

«Para no incomodar demasiado á la comisión del gran duque, creo que nos veremos obligados á suspender nuestra correspondencia; concluyo, pues, asegurándoos otra vez, pero acaso por la última, mi profunda sumisión filial y mi afecto fraternal.

«Vuestro tiernamente afectísimo,

«KARL LUDWIG SAND.»

En efecto, entre los cuidados particulares de que Sand era objeto de parte del señor G..., la comisión judicial del gran duque de Weimar, en consideración al estado en que se encontraba, y acaso por la causa que le había reducido á aquel estado, había permitido, á título de indulgencia, que su madre y las demás personas de su familia que quisiera designar, fuesen á verle. El primer movimiento de Sand cuando le anunciaron tan buena noticia, fué de alegría; pero habiendo reflexionado al punto con su calma y energía habituales en los inconvenientes que aquella visita podría tener, escribió á la familia la carta siguiente:

«Mis queridos padres:

«La comisión judicial del gran duque, me ha participado ayer que sería posible tuviese la alegría muy viva de ser visitado por vosotros, y que acaso podría veros y abrazaros aquí, á vos, madre mía, y á algunos de mis hermanos y hermanas.

«Sin ser sorprendido de esta nueva prueba de vuestro amor maternal, esta esperanza ha despertado de nuevo en mí el ardiente recuerdo de esa vida feliz pasada dulcemente juntos. La alegría y el dolor, el deseo y el sacrificio, han agitado violentamente mi corazón, y me ha sido preciso pesar el uno al lado del otro, y con el poder de la razón, todos esos movimientos diversos, para volverme á hacer dueño de mí mismo, y tomar una decisión en una circunstancia tan solemne.

«La balanza se ha inclinado del lado del sacrificio.

«Ya sabeis, madre mía, la alegría y el ánimo que podrían darme en este tiempo tan corto una mirada de vuestros ojos, esas relaciones diarias, vuestras conversaciones piadosas y elevadas; pero también sabeis mi posición, y conocéis demasiado bien la marcha natural de todas estas dolorosas diligencias, para no creer como yo, que semejante disgusto renovado á cada momento, turbaría mucho la alegría de nuestra reunión, si no llegaba á destruirla completamente; además, madre mía, después del largo y fatigoso viaje que os veríais obligada á emprender para volverme á ver, pensad en los terribles dolores de la despedida cuando llegue el momento de separarnos en este mundo. Resignémonos, pues, al sacrificio; esta creo que es la voluntad del

cielo, y entreguémonos únicamente á esta dulce comunidad de pensamientos que la distancia no puede interrumpir, y en la que tengo mi única alegría, siéndonos siempre á despecho de los hombres concedida por el Señor, nuestro padre.

«Vivid feliz.

«Vuestro hijo profundamente respetuoso,

«KARL LUDWIG SAND.»

A esta carta, que aparte de los sentimientos religiosos se podría creer dictada por Bruto, llegó esta respuesta, que se podría creer escrita por Cornelia:

«Querido, indeciblemente querido Karl.

«¡Cuán dulce me ha sido volver á ver después de tan largo tiempo escritura tuya tan querida! Ningun viaje habría para mí bastante penoso, ni camino alguno bastante largo que me impidiera ir á reunirme contigo, é iría con un amor profundo é infinito de un extremo á otro de la tierra, solo con la única esperanza de verte, aunque fuera de lejos.

«Pero como conozco bien tu tierno afecto y tu profunda solicitud por mí, y me das con una firmeza tan grande y tan varonil reflexión razones á que nada tengo que contestar, y que no puedo menos de honrar, será, mi muy querido Karl, como tú lo has querido y decidido. Continuaremos sin hablarnos la comunicación de nuestros pensamientos; pero tranquilízate, nada puede separarnos; yo te envuelvo en mi alma, y mis maternales pensamientos velan en derredor tuyo.

«Que este amor infinito que nos sostiene, nos afirma y conduce á todos á una vida mejor, te conserve, mi querido Karl, el valor y la energía.

«Adios, y está firmemente persuadido de que jamás dejaré de amarte grande y profundamente.

«Tu madre fiel, que te amará hasta la eternidad.»

Efectivamente, el momento fatal previsto por Sand, llegó. No es que el gran duque no hubiese particularmente deseado salvar á Sand, en quien en aquel momento se concentraban no solo las miradas, sino también el interés de toda la Alemania. Desgraciadamente, la Rusia estaba allí, la Rusia, que tenía que vengar su agente, y que encontraba la convalecencia de Sand muy larga para su deseo de venganza; escitaba, pues, á la comisión judicial á que concluyese con el asesino, en cualquier estado en que se hallase.

Sin embargo, aunque la última, quedaba una esperanza á los habitantes de Manheim, y aun á los miembros de la comisión judicial, era que Sand, que no se había levantado hacia trece meses, estaría demasiado débil para ponerse en pie, y como no se le podía ejecutar

en el lecho, se obtendría de este modo, y casi legalmente un nuevo plazo. Decidióse, pues, que un médico de Heidelberg visitaría á Sand, y que con su declaración, según que Sand estuviera en estado de levantarse ó en la imposibilidad de dejar la cama, se apresuraría ó prorrogaría la instrucción.

En consecuencia, una mañana se presentó un desconocido en la habitación del preso, anunciándose como un profesor de la escuela de medicina de Heidelberg, quien atraído por el interés, iba á pedir noticias.

Sand le miró un instante como para leer hasta el fondo de su alma, y viendo que el médico, por más que se violentase, no pudo menos de ruborizarse:

—¡Ah! sí, le dijo, comprendo. Se desea saber en San Petersburgo si estoy bastante fuerte para ser ejecutado; ¡y bien, caballero! vamos á hacer juntos la experiencia. Perdonadme, añadió, en el caso en que me encontrara mal, pero como hace trece meses que no me he levantado, es posible que á pesar de toda mi buena voluntad, suceda eso.

Dichas estas palabras, se levantó Sand sin apoyo; con un valor sobrehumano dió dos vueltas por su habitación, y volvió á caer casi desmayado sobre su cama. El médico le hizo respirar sales.

—Ya veis, caballero, dijo Sand volviendo en sí, que estoy más fuerte que lo que yo mismo creía; llevad, os lo suplico, esta buena noticia á mis jueces. Hace mucho tiempo que les hago perder un tiempo precioso: den, pues, su sentencia, y nada impedirá que sea ejecutada.

Desgraciadamente, el médico no podía decir más que lo que había visto. Dió su parte á la comisión, y el 5 de mayo de 1820, la sentencia, que condenaba á Karl Ludwig Sand á ser cortada la cabeza, se dió por el tribunal supremo de justicia.

El 17 se notificó la sentencia á Sand. La escuchó en pie, apoyado en el respaldo de una silla, á pesar de que los consejeros, viendo su palidez, le rogaron varias veces que se sentase; pero Sand les dió gracias con esa fisonomía bondadosa y tranquila que le era habitual. Y cuando fué terminada la lectura de la sentencia, volviéndose hácia el señor G..., que estaba preparado á recibirle en sus brazos en el caso en que le faltasen las fuerzas:

—Espero, le dijo, que mis padres querrán mejor aun morir de esta muerte violenta y pronta, que de alguna enfermedad lenta y vergonzosa. En cuanto á mí, he sufrido tanto hace catorce meses, que miro á mis jueces como ángeles de libertad.

Salieron los consejeros; Sand les saludó al marcharse con la misma calma y serenidad que les había saludado á su entrada, y volviéndose á acostar inmediatamente, porque no podía estar más tiempo en pie ni sentado,

pidió al señor G..., papel, pluma y tinta, y escribió á su familia la siguiente carta.

Manheim 17 del mes de la primavera de 1820.

«Queridos padres, hermanos y hermanas.

«Por la comision del gran duque habeis debido recibir mis últimas cartas, en las que contestaba á las vuestras, y procuraba consolaros acerca de mi posicion, pintándoos el estado de mi alma, tal como esté, y el desprecio á que ha llegado de todo lo que es frágil y terrestre, y que se debe sufrir como una necesidad cuando éste se pone en la balanza con la ejecucion de un pensamiento, y esta libertad intelectual que puede sola alimentar nuestra alma. En una palabra, yo pensaba consolaros con la seguridad de que los sentimientos, los principios y las convicciones de que yo hablaba en otro tiempo, han sido fielmente conservados en mí, y han permanecido exactamente los mismos; pero todo esto eran demasiadas precauciones de mi parte, estoy seguro de ello, porque en cualquier otro tiempo no hubiésteis exigido de mí otra cosa, que tener á Dios ante los ojos y en el corazon. Y vosotros mismos habreis visto como el precepto pasó de tal modo á mi alma, que llegó á ser en este mundo y el otro el único objeto de mi felicidad. Sin duda, como estaba en mí y junto á mí, Dios estará con vosotros, y junto á vosotros, en el momento en que esta carta os lleve la noticia de la lectura de mi sentencia. Muero por mi voluntad, y el Señor, lo espero, me dará fuerza para que pueda morir.

«Os escribo completamente tranquilo acerca de todas las cosas, y espero que vuestra vida pasará tambien tranquila, hasta el momento en que nuestras almas se encuentren llenas de una nueva fuerza para amarnos y participar juntos de la eterna felicidad.

«En cuanto á mí, tal como he vivido desde que me conozco, es decir, con una serenidad llena de deseos celestes, y un animoso é infatigable amor á la libertad; tal voy á morir.

«Que Dios sea con vosotros y conmigo.

«Vuestro hijo, hermano y amigo,

«KARL LUDWIG SAND.»

Despues, escrita esta carta, Sand envió recado al señor G... suplicándole subiese á verle, y le dijo que tendria gusto en hablar con el verdugo antes del dia de la ejecucion. Pareció tan extraño el deseo al señor G... que vacilaba en responder, pero Sand insistió de un modo tan bondadoso y firme á la vez, que el señor G... le prometió que al punto que aquel individuo llegase á Manheim, se haria como lo pedia.

LA EJECUCION.

La ejecucion se habia fijado para el 20, es decir á los tres dias de la notificacion de la sentencia. En Alemania concede la ley tres dias completos al reo para dejarle tiempo de prepararse á la muerte. El 20, pues, á las dos de la tarde era cuando debia cesar de vivir Sand.

El 18 se pasó en recibir á diferentes personas que habian manifestado deseos de ver al reo, y á los que habia él concedido el permiso, siendo una de estas personas el mayor Holzungen que le habia detenido. Aunque no le habia visto mas que un momento, y á través del sangriento velo que le cubria los ojos, Sand le reconoció, y tan segura tenia su cabeza en el momento en que se hirió, y como hemos dicho, con una segunda puñalada, que recordó al mayor el traje que llevaba cuando le arrestó. Admirado de aquella sangre fria y de aquella tranquilidad en un jóven que iba á morir tan distante aun de la edad que la naturaleza habia señalado como término de su vida, el mayor dirigió á Sand algunas palabras de compasion. Pero Sand le respondió sonriendo:—No es de mí de quien hay que tener compasion, señor mayor, sino de vos; yo muero por una conviccion que me es propia, y vos morireis probablemente por una conviccion que os será extraña. El mayor Holzungen le animó á que se mantuviera en la misma firmeza.

—Señor mayor, dijo Sand, los mártires hebreos morian tan valerosamente como los soldados romanos.

Llegó la noche, Sand pidió le dejasen solo y estuvo escribiendo hasta cosa de las once, pero quemó lo que habia escrito, de modo, que no se encontró ni resto de ello. A las once se acostó y durmió hasta las seis; el cirujano que iba para curarle como de costumbre, le despertó al entrar en su habitacion.

Como dos horas despues de terminada la operacion, estando Sand acostado y el señor G... hablando con él, sentado al pie de su cama, se abrió la puerta, y uno de los criados del correccional hizo seña al señor G... de que tenia algo que decirle. El señor G... fué al punto á la puerta donde cambió con él algunas palabras en voz baja; despues volviéndose á Sand:

—Karl, le dijo, con una voz cuya emocion le era imposible dominar, es el señor Widemann de Heidelberg á quien habeis deseado hablar.

—Hacedle entrar, os lo suplico, dijo Sand, y haciendo un esfuerzo se sentó en la cama, tendiendo la mano al señor Widemann, ve-

nid, caballero, le dijo, y sentaos aqui; tengo cosas importantes que deciros. Luego, como el señor G... quisiera retirarse:—¡Oh! quedaos, quedaos, mi querido director, no estais demas.

—Es decir, que sabeis quien soy, dijo balbuceando el señor Widemann.

—Si, ciertamente, por eso deseaba hablaros.

—Estoy á vuestras órdenes, caballero.

—¿Habeis hecho muchas ejecuciones, señor Widemann? continuó Sand.

—Tres, respondió.

—¿Y las tres han salido bien?

—¿Cómo entendeis eso? caballero.

—¿Entiendo, que la cabeza ha caido del primero al segundo tajo?

—Dos han caido al primero, y uno al segundo.

—Pero conmigo, ya lo veis, señor Widemann, la cosa no será tan fácil, porque mi herida me ha paralizado casi todo un lado del cuerpo, de modo, que no puedo tener mi cabeza alta como seria necesario; pero no importa, tened fuerza, y aun cuando necesitarais dos tajos para separar la cabeza del cuerpo, y aun tres ó cuatro, como dicen sucedió al duque de Monmouth, no os aturdais por eso. Por otra parte, si quereis, podemos ensayar, á fin de que pueda ayudaros en el momento supremo en cuanto de mí dependa, porque no habiendo visto una ejecucion nunca, no sé lo que hay que hacer, he ahí porque deseaba hablaros.

El verdugo estaba estupefacto de aquella sangre fria, y no sabiendo aun si Sand hablab formalmente, cuando éste se salió de la cama, y apoyado en el hombro del señor G..., llegó á una silla en la que se sentó, rogando al señor Widemann le indicase lo que tendria que hacer al dia siguiente.

Entonces comenzó el ensayo del terrible drama del patibulo, ensayo durante el que faltaron las fuerzas, no al paciente, sino al verdugo; porque sacado de aquel modo de su terreno, le pareció la ficcion mas horrible que la realidad; no por eso dejó de terminar la demostracion homicida, indicó á Sand cómo estaria sentado en el banquillo, cómo el criado le levantaria la cabeza con una especie de trencilla de cuerda, y como él, aprovechando la ocasion en que el cuello estuviera estendido, se le cortaria con una espada. Sand, escuchó unas despues de otras todas las esplicaciones con la misma sangre fria; despues, cuando el señor Widemann las dió todas, desde la primera á la última, le dió gracias y se volvió á su cama, dejando al verdugo mas pálido y desfallecido que él. El señor G... creia tener una atroz pesadilla, y me dijo no haber pasado jamás media hora como aquella, ni aun al dia siguiente.

En el momento en que el señor Widemann se retiraba, Sand le dió de nuevo las

gracias, y le recomendó otra vez tuviese la mano firme al dia siguiente.—Sobre todo, añadió, no vayais á hacer lo que hoy, os he sentido temblar.

Momentos despues entraron tres eclesiásticos conocidos de Sand, uno era el señor párroco D..., de quien yo tenia una carta. El señor G... se aprovechó de su presencia para retirarse; no tenia ya ánimo, y se sentia destrozado todo el cuerpo, como si hubiese caido, me decia, de un piso segundo.

Los tres eclesiásticos estuvieron mas de tres horas con Sand; todo ese tiempo le emplearon en conversar de religion. Sand era un admirable teólogo, y siempre que hablaba de Dios era con una conviccion profunda y fé ardiente. Antes de separarse de él, el párroco D... le dijo que habian llegado tantos estudiantes la vispera, y que continuaban llegando tantos de minuto en minuto, que se temia al dia siguiente una colision entre ellos y los militares. Sand espresó con frases tan verdaderas cuál seria su gran sentimiento de que la sangre corriese por él, que el párroco D... se aprovechó de aquella disposicion de ánimo para pedirle á nombre de la autoridad que no hablase en el cadalso.

—¡Oh! estad tranquilo, dijo Sand sonriendo, aun cuando quisiera no tendria fuerza para ello; además, si esto puede contribuir á daros seguridad, os juro que no diré una palabra.

En efecto, como lo habia dicho el párroco D.... habian llegado tantos estudiantes á Manheim, que no encontrando alojamiento en la ciudad, se habian alojado en las aldeas de las inmediaciones. Por su parte la autoridad no habia quedado inactiva, y se habia hecho ir de Carlsruhe al general Neustein con mil quinientos ó mil ochocientos hombres, entre caballeria é infanteria: acompañaba al general ademas una compania de artilleros y cuatro piezas.

Mas á pesar de haberse tomado aquellas precauciones, llegaban los estudiantes en tal número, que la autoridad resolvió adelantar la hora de la ejecucion; pero como hemos dicho, la ley alemana es terminante: deben pasar tres dias entre la notificacion de la sentencia y el suplicio; se necesitaba pues, la autorizacion de Sand para que se hiciese aquella alteracion. Tanto conocian su carácter que resolvieron pedirselo.

Sand, como de costumbre, se habia acostado en la noche del 19, á las once. Entraron en su habitacion á las cuatro de la mañana, y le encontraron tan profundamente dormido, que tuvieron que llamarle para despertarle. Sand abrió los ojos sonriendo, y reconoció al señor G....

—¡Ah! sois vos, mi querido director, dijo Sand; bien venido seais. ¿Habré dormido tan bien que ya será la hora?

—No, respondió el señor G..., no son mas que las cuatro de la mañana.

—Entonces ¿por que me despertais tan pronto? preguntó Sand en tono de reprensión. ¿Han creído que no estaria dispuesto?

—No es eso, caballero, dijo el carcelero; pero se espera de vos un grande acto de abnegacion en pró de la tranquilidad pública.

—Hablad, dijo Sand, todo lo que yo pueda hacer, lo haré.

—Se teme una colision entre los estudiantes y los soldados; y como están tomadas de antemano las disposiciones militares, esta colision causaria grandes desgracias, sin dejar siquiera la probabilidad de salvacion.

—¿Y quién os dice que yo quiero salvarme? preguntó Sand. Yo he muerto á un hombre: todo asesinato exige un espiacion. ¿Me he conducido como hombre que quiere librarse de la muerte? ¡No, señores! cuando al llegar á Manheim me detuve en la pendiente de la colina que domina la ciudad, he visto de antemano el sitio donde estaria mi sepulcro. Lejos de querer librarme de la mirada de Dios y de la justicia de los hombres, no tengo mas que darles gracias por haber prolongado hasta hoy mi existencia.

—Esas disposiciones me dan la esperanza de que me concedereis la peticion que tengo encargo de hacerlos, suplicó entonces el carcelero.

—¿Cual? preguntó Sand.

—Que permitais que vuestra ejecucion en vez de ser á la tarde, sea en esta misma mañana.

Sand hizo seña al señor G..., de que le diese papel, tintero y pluma, y escribió con mano firme, y con su carácter de letra ordinario, las cinco líneas siguientes:

«Doy gracias á las autoridades de Manheim de haberse anticipado á mis deseos, adelantando ocho horas el momento de mi ejecucion.

«*Sit nomem Domini benedictum.*

«KARL LUDWIG SAND.

—Tomad, dijo entregando el papel al carcelero, he aquí lo que deseais; únicamente pido tiempo para tomar un baño. Esta era, ya lo sabeis, la costumbre de los antiguos antes del combate.

Entonces el médico se aproximó á él para curarle.

—¿Merece la pena? preguntó Sand.

—Estareis mas fuerte, respondió el médico.

—En ese caso, curad.

Le llevaron en seguida un baño. Se metió en él, y continuó hablando de cosas generales, haciéndose entretanto peinar sus largos y hermosos cabellos. Luego, terminado su tocador, salió, se puso un pantalon blanco con

botas por encima, un redingot negro, que como los redingots de los estudiantes, permitia al cuello estar muy desahogado, y fué á sentarse en su cama, donde estuvo un rato orando en voz baja; despues se despidió de los sacerdotes, diciéndoles que no teniendo nada de que acusarse, siendo casi él mismo eclesiástico, iria solo al cadalso, para no dar á su caridad el espectáculo de su muerte. Se despidió igualmente del médico, dándole gracias por el trabajo que se habia tomado en el espacio de once meses que le iba á curar todas las mañanas en su prision. Entonces se retiraron sacerdotes y médico, y dejaron solo á Sand.

En aquel momento redobló el tumulto de la calle, que iba siempre en aumento desde el amanecer, y Sand comprendió que pasaba algo de nuevo. En efecto, un momento despues entró el señor Widemann: lo que habia causado aquel aumento de ruido, era la presencia del verdugo.

Iba vestido con una larga levita negra, bajo la que ocultaba su espada. Al verle Sand, como la vispera y con la misma sonrisa, le alargó la mano, y como el señor Widemann, incomodado con su espada, que no queria se viese, vacilase:

—Venid, le dijo Sand, y enseñadme vuestra espada; bueno es conocer á las personas con quienes tiene uno que habérselas. Entonces el señor Widemann, pálido y tembloroso, se aproximó á él y le presentó su espada.

Sand la cogió, la desenvainó, pasó el dedo por el filo, y dijo:

—Está bien, he ahí una hoja que no os dejará mal; que no tiemble el brazo, y todo saldrá bien.

Y dichas estas palabras, volvió la espada al señor Widemann. Luego, volviéndose hacia el señor G...:

—¿No me hareis el último favor de acompañarme hasta el cadalso?

El señor G... le contestó con la cabeza que sí, porque conocia que si hubiese pronunciado una sola palabra, habria prorumpido en sollozos. Entonces Sand se levantó apoyándose, y volviéndose al señor Widemann y á los demas circunstantes:

—¡Y bien, señores! dijo, ¿qué se espera? Estoy pronto. Dichas estas palabras, el señor Widemann, sin responder, empezó á marchar silenciosamente el primero. Sand le siguió apoyado en el señor G... Los demas siguieron á Sand.

Bajó la escalera y entró en el patio interior. A la puerta habia un pequeño cabriolé descubierto que se habia comprado en Heidelberg sin decir con qué objeto se compraba, porque en todo Manheim no se habia encontrado un alquilador de coches que quisiera alquilar ni vender el carruage que habia de conducir á Sand al patíbulo. En el momento en que el reo apareció en el patio, los demas pre-

dos se pusieron todos á la ventana para despedirse de él. Muy débil para responder, Sand les hizo seña con la mano, y subió al carruage.

Al poner el pie en el estribo, se inclinó hacia el señor G...

—Subis conmigo, ¿no es así? le dijo.

—¿No os lo he prometido?

—¡Gracias! y si me viérais debilitarme, decidme en voz baja mi nombre, ¿ois? y eso bastará.

En seguida se entró en el carruage. El señor G... se colocó junto á él, y le abrieron las puertas de la calle.

En la calle habia un gentio inmenso, y á pesar de las numerosas patrullas que circulaban, era tanta la multitud, que apenas podia avanzar el carruage. En el momento en que apareció, todas las voces exclamaron con un solo grito: ¡Adios, Sand! ¡adios, Sand!... Al mismo tiempo cayeron muchos ramilletes en el birlocho, mientras que los que estaban demasiado lejos para arrojarlos hasta allí, los arrojaban sobre la multitud, que los dejaba pasar.

La atmósfera estaba sombría, y á pesar de ser el mes más hermoso del año, habia llovido toda la noche. Demasiado débil aun para permanecer sentado, Sand llevaba la cabeza echada en el hombro del señor G... Su rostro, como de ordinario, era bondadoso, tranquilo y doliente. Su frente estaba despejada, sus ojos llenos de vida, pero habia sufrido tanto, que todo lo demas de su rostro, si es permitido decirlo así, habia envejecido diez años en sus catorce meses de cautividad. De vez en cuando, no obstante, levantaba su pálida fisonomía á que hacian sombra sus bellos cabellos negros, y miraba á la multitud sonriendo; entonces una nueva explosion de gritos y de coraje se elevaba por todos lados, tan desgarradora y tan dolorosa, que á cada una, Sand, tan tranquilo y resignado, no podia menos de enjugarse las lágrimas que á su pesar sentia correr de sus ojos.

El cortejo llegó al fin al sitio de la ejecucion. Hallábase, como hemos dicho ya, á unos cien pasos del camino real, en medio de una linda pradera, y sobre una colina que dominaba un arroyuelo. Se detuvieron un momento, porque los ayudantes del verdugo, que no estaban advertidos del cambio de hora, habian comenzado su almuerzo en el cadalso. Despues de un alto de cinco minutos, el cortejo continuó su camino, y el birlocho se detuvo al pie de la escalerita, compuesta de ocho escalones, que conducia á la plataforma. En cuanto llegó allí, Sand miró al cadalso con la mayor calma; luego, volviéndose hacia el señor G...:

—Hasta ahora, le dijo, Dios me ha dado fuerza.

Dios se la dió hasta el fin. Sand se bajó del carruage y subió al cadalso, apoyado en

dos, encorvado por el dolor, pero sin exiliar un quejido. Llegado á la plataforma, levantó la cabeza, enjugó su frente cubierta de sudor, y despues miró con calma toda aquella multitud amiga, que parecia haberle acompañado hasta allí no por curiosidad, sino por deber. Despues, dirigiendo los ojos al cadalso:

—¡He ahí el sitio donde voy á dejar de padecer! dijo. ¡Yo te doy gracias, oh Dios mio! por haberme dado fuerzas para llegar aquí. Entonces, como el señor G... le viese palidecer:

—Sentaos, Sand, le dijo, sentaos.

Sand se sentó, pero habiendo comenzado casi en el mismo momento la lectura de la sentencia, se levantó, y por mas instancias que le hicieron, quiso oír la lectura de pie. Terminada que fué, estendió la mano y dijo en alta voz:

—Muerdo confiando en Dios...

Mas al punto el señor G... le interrumpió, acercándose á su oído:

—¿Qué haceis, Sand? le dijo. Habeis prometido no hablar.

—Es verdad, dijo Sand, lo habia olvidado. Ademas, saben bien que muerdo por la libertad de la Alemania.

Entonces, arrolló el pañuelo con que acababa de enjugarse el sudor de su agonía, y como Conradino hizo con su guante, le arrojó á la multitud. En el mismo instante, fue dividido el pañuelo en mil pedazos, y todos los que tenian un giron levantaron la mano gritando:

—¡Sand, Sand!... ¡adios Sand!...

Se oyó un redoble de tambores.

—Caballero, dijo el verdugo, ¿me permitis os corte los cabellos?

—¿Es pues necesario? preguntó Sand llevándose apresuradamente la mano á su cuello.

—Es para vuestra madre.

—¡Oh entonces, hacedlo, hacedlo! exclamó Sand.

El verdugo le cortó los bucles que caian por detrás, dándoseles á medida que los cortaba. Sand los tomó, los reunió en un solo mazo, y mirando despues fijamente al verdugo:

—Por vuestro honor, señor Widemann, ¿es para mi madre?

—¡Por mi honor! respondió éste.

—Entonces, helos aquí.

Se levantó los otros y los anudó con una cinta en lo alto de la cabeza.

—Ahora, dijo el verdugo, será preciso que os dejeis atar las manos.

—¡Atad! dijo Sand presentándolas.

Y el verdugo le ató las manos á la espalda; pero como esta postura le tiraba atrás los brazos al paciente, y le obligaba á causa de su herida, á inclinar la cabeza sobre el pecho, se vió obligado á desatárselas, y atarlas á los muslos; gracias á esta nueva posicion, Sand volvió á poder levantar la cabeza.

—¡Colocaos bien! dijo el verdugo.

—¡Y vos, tened firmeza! respondió Sand.

A tan escasas palabras sucedió un silencio terrible. Brilló la espada como un relámpago y descendió. Entonces resonó un gran grito en aquella multitud; la cabeza no había caído, y medio desprendida del cuerpo, pendía sobre el pecho. El verdugo dió un segundo golpe que la echó abajo del todo, y al mismo tiempo fue á cortar la mano que estaba atada á la rodilla izquierda.

En este momento, sin que fuese posible contenerla, la multitud atropelló la fila de soldados y se precipitó al cadalso, empapando todos su pañuelo en la sangre, y los que llegaron despues, cuando la sangre se había empapado, hicieron pedazos el banquillo en que había sido ejecutado, llevándose unos la madera y otros la paja de la silla; llegaron por fin los que no habían podido obtener ni sangre ni silla y que se pusieron á cortar pedazos de las tablas, para tener al menos algo del patíbulo. Pero al fin, subió la tropa, separó la gente, y la cabeza y el tronco, puestos en un mismo féretro, fueron colocados en el birlocho y llevados al correccional en medio de una numerosa escolta militar.

A media noche, sin antorchas y sin luces, fue trasladado el cadáver al pequeño cementerio protestante situado en el camino de Heidelberg. Allí, en un rincón, se había preparado un sepulcro de modo que fuese ignorado de todos. En efecto, en toda su longitud, se había levantado el césped con precaucion, y la tierra que se había sacado se había puesto en telas, de modo que cuando el ataúd estuvo colocado y cubierto de tierra, volvieron á poner la que tenía el césped, y despues hicieron jurar á los presentes que no enseñarian á nadie el lugar donde estaba aquella tumba. Los circunstantes juraron y salieron. La puerta del cementerio se cerró tras ellos, se echó el sobrante de la tierra en un patio del correccional, y todo concluyó.

La pradera en que Sand fué ejecutado, recibió desde aquel día el nombre que lleva hoy; el pueblo la llama: Sand Himmelfartswiese.

Lo cual quiere decir:

—Pradera de la ascension de Sand.

EL DOCTOR WIDEMANN.

Como se comprenderá, esos detalles, sea dados por el señor G....., sea copiados de los documentos oficiales, me había ocupado todo el día y parte del siguiente, de modo que no me encontraba dispuesto á partir para Heidelberg hasta las seis de la noche. Volví, pues, á

subir en el carruage despues de haber dado mil gracias al señor G.....; pero no queriendo dejar á Manheim sin dar el último adiós á Sand, me hice conducir al cementerio donde está enterrado.

En él reposan, á veinte pasos uno de otro, el asesino y la víctima, ó si se quiere mejor, el traidor y el mártir: en fin, Kotzebüe y Sand.

Sobre la tumba de Kotzebüe, situada precisamente frente á la puerta de entrada, en el centro del cementerio, se eleva un monumento de una arquitectura estraña: la base es una masa de rocas alrededor de las que trepan enredaderas; sobre esta masa de rocas descansa por su punta una piedra tallada en rombo, y sostenida por ambos lados por las caretas de la comedia y la tragedia, y en el lado plano de la piedra está grabada esta inscripcion:

*El mundo le persiguió sin piedad,
la calumnia fué su triste herencia,
no encontró la felicidad mas que en los brazos de su muger,
ni el descanso mas que en el seno de la muerte;
la envidia vigilaba siempre para llenarle el camino de espinas,
el amor hizo florecer sus rosas.
Que el cielo le perdone
como él ha perdonado á la tierra (1).*

Entonces, y como hacia largo tiempo los nocturnos sepultureros de Sand habían sido relevados de su juramento, como en aquel momento todos los que habían empapado su pañuelo en la sangre le han lavado con gran cuidado, y los unos son consejeros, y los otros jueces, y por consiguiente no han creído á propósito tener secreta aquella fosa, me condujeron hácia un ángulo de la pared, y allí me enseñaron un cuadro de tabla, de seis pies de largo y tres de ancho, en medio del que crece un ciruelo silvestre: esta es la tumba de Sand.

Corté una rama del ciruelo del sepulcro de Sand, arranqué un ramito de yedra del monumento de Kotzebüe, y me los llevé enlazados el uno á la otra.

Volvimos á pasar cerca de la pradera: fui á visitar otra vez el cerro sobre el que se había construido el cadalso; y con la imaginacion llena de esos pensamientos que han hecho decir á Bruto que la virtud no era mas que una sombra; volví á montar en el carruage, y tomamos el camino de Heidelberg.

Por mas prisa que tuviese de visitar al señor Widemann y de completar con sus noticias las que me había dado el señor G....., era demasiado tarde cuando llegué á la ciudad universitaria para pensar en otra cosa que cenar

(1) Entiendese que este epitafio está escrito en alemán, y que estas ciertas líneas son su traduccion.

y acostarme; así lo hice, encargando me despertasen al día siguiente á las ocho.

Apenas desperté, me vestí y corrí á casa del señor Widemann, donde indicaba la direccion de la carta que tenía para él. El señor Widemann vivía calle Mayor, núm. 111. No tuve, pues, necesidad de preguntar, para llegar á su casa. Me detuve ante la puerta un momento. Confieso que la idea de ir á abordar al verdugo en su misma casa, para preguntarle acerca de una ejecucion, despertó todas mis preocupaciones de Francia; pero no había yo ido de tan lejos para retroceder: alargué la mano y llamé á una puertecita de un corredor.

Una anciana salió á abrir, el corredor se prolongaba hasta el jardín. En medio del corredor, había una escalera de piedra por donde se subía al piso principal. La anciana le abrió, y me dijo que entrase y esperase un momento, que el señor Widemann iba á bajar.

La habitacion donde me introdujo era un lindo salón que formaba al mismo tiempo biblioteca, cubierto de un papel azul celeste con flores blancas. Sobre la chimenea y en estantes, estaban colocadas una multitud de curiosidades, como pájaros disecados, víboras enroscadas con ramas de árboles, conchas nacaradas ó purpurinas, y en fin, en medio de todo esto colgados formando un trofeo, un fusil, una canana y un frasco de pólvora, que indicaban que el dueño de la casa era cazador. Miraba todas aquellas cosas, que como se ve, no pertenecian á la especialidad de aquel á quien iba á visitar, cuando oí abrir la puerta. Me volví, tenía delante al señor Widemann.

Era un joven de buena presencia, de treinta á treinta y dos años, de tez morena y cabellos negros, con patillas dispuestas de modo que rodeaban enteramente su fisonomía. Se aproximó á mí con escelentes modales, y me preguntó á qué debía el inesperado honor de mi visita.

Confieso que en aquel momento no encontré una palabra que contestarle; me contenté pues con entregarle la carta del párroco D..... La leyó, é inclinándose de nuevo:

—Estoy á vuestras órdenes, caballero, para daros todas las noticias, que os agrade preguntarme. Desgraciadamente, no soy un verdugo muy curioso, añadió con una ligera sonrisa de ironía, puesto que aun no he ejecutado á nadie; mas es preciso no juzgarme por eso, caballero, no es mía la culpa, es de esos buenos alemanes, que no cometen crímenes, ó del gran duque, que siendo un príncipe escelente, perdona lo mas que puede.

—Al doctor Widemann, le dije, es á quien yo vengo á ver; al hijo del hombre que, cumpliendo con la terrible mision que se veía obligado á ejecutar, ha conservado hasta el último momento para el desventurado Sand miramientos que podian comprometer al que los tenía para él.

—No había gran mérito en eso, caballero; todo el mundo amaba y sentía á Sand, y ciertamente, si mi padre hubiese creído que su adhesion podia salvarle, se hubiera cortado la mano derecha antes que ejecutarle. Pero Sand estaba sentenciado, Sand debía sufrir la pena.

—Ya sé que vuestro padre dulcificó todo lo posible sus últimos momentos; así, respecto á eso, no tenéis nada que decirme: el Sr. G..... me ha referido todo. Pero he creído que habría algunos detalles que se le habrían escapado, y como pienso escribir algo acerca de Sand, quisiera me dijerais esos detalles.

—Yo era muy joven entonces, me respondió el señor Widemann, porque apenas tenía catorce años; así muchas cosas se han borrado de mi memoria, y el único detalle que puedo daros, caballero, si es de alguna curiosidad para vos, es que mi padre pidió permiso para hacer otro cadalso á espensas suyas, á fin de conservar el de Sand, y para que un asesino vulgar no deshonrase el que había manchado con su sangre aquel noble y desventurado joven. Habiendo obtenido su permiso, mi padre, de aquel cadalso mandó hacer los postigos y las puertas de su casa de campo.

—¿Y esa casa de campo, está lejos de aquí?

—A una milla de la ciudad, en medio de un viñado, á la izquierda del camino de Carlsruhe; una casita blanca con tejado encarnado, ventanas grises y un arco iris encima de la puerta. Si tenéis curiosidad de ir allá, la reconoceréis fácilmente; ademas, cualquiera os la enseñará. Las puertas y las ventanas están hechas pedazos, porque durante cinco ó seis años, era una peregrinacion para los estudiantes, que iban á quitar con las puntas de sus puñales pedazos de aquella madera; luego poco á poco se han hecho mas raros los curiosos, hasta que concluyeron por no ir ninguno. Así, caballero, no os admireis de mi recibimiento en un principio un poco frio, y acaso poco conveniente; pero hará diez años que nadie me ha hablado del pobre Sand, de modo que eran recuerdos, sino olvidados, al menos adormecidos.

—Gracias, pero mi visita era al mismo tiempo bastante indiscreta en sí misma, para que tuviera una acogida que no fuese fria. Gracias por la noticia que me habeis dado; ciertamente, iré á ver esa casita, estraño monumento del interés que inspiraba Sand. Mas debeis conservar aun otra cosa que tendria mucho gusto en ver, aunque no sé como pedirlo.

—¿Y cuál es esa otra cosa? preguntó el señor Widemann con la sonrisa ligeramente irónica que ya había notado en él.

—Os haré observar, le respondí, que no me animais á hacer esta peticion.

Su rostro cambió de espresion.

—Perdonad, dijo, he hecho mal. ¿Qué cosa deseais ver? tendré un placer en enseñarosla.